



Senko Karuza nació en 1957 en Split. Pasó su niñez en la isla de Vis. Estudió en Vis, Split y Zagreb, y se licenció en filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Zagreb. Ha publicado en *Polet*, *Studentski list*, *Student*, *Mogućnost*, *Rival*, *Dnevnik* (Ljubljana). Sus textos están incluidos en varias antologías, compendios y recopilaciones de relatos. En 1997 publicó *Busbuskalai*, un libro de cuentos.

EL BLUES DE LOS HERBICIDAS

No sé por qué me metí en aquello. Quizá por Nika. Turismo rural, ecología, aire puro, alimentos biológicos, y todas esas cosas bonitas que implican, suscitan en mí desconfianza. No quiero decir que estoy en contra, por eso me dejé convencer.

Nika quería que Josip y Tamara aprendieran algo de la vida en el campo. Cree que, de todas maneras, tendrán tiempo de sobra para unirse a las muchedumbres playeras cuando escapen a nuestro control. Yo le digo que entonces no hay ningún motivo para tales vacaciones, si ya sabe de antemano que pronto querrán algo diferente. Pero no, Nika desea que ellos lo perciban.

—Les dejará alguna huella —trataba de persuadirme— ¿No te das cuenta de que toda la gente normal se vuelve hacia la naturaleza y la tierra?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso, que tenemos que preocuparnos de nuestros hijos ya que no podemos preocuparnos de nosotros mismos.

—No veo qué hay de malo en un pueblecito a la orilla del mar.

—Sabes muy bien lo que hay de malo —dijo, dejando claro que no quería seguir hablando de ello. Como quería complacerla o evitar una pelea, ya no me acuerdo, accedí sin oponer más resistencia. Idiotizado, imaginaba el idilio rural, el aburrimiento y el calor sin posibilidad de refrescarme en alguna charca, como hace la gente normal, incluso los ecologistas. Pero cuando mi mujer se empeña en algo, llega hasta al final, aunque sea a la fuerza. Eso siempre me había parecido una característica bastante repugnante en este mundo, pero ya que estoy en él...

Nuestra casa era una auténtica perversión. Nos sentábamos en el patio bajo una higuera que jamás había recibido una inyección de abono artificial. A trescientos metros sobre el nivel del mar, en el centro de la isla, comíamos y contemplábamos el Adriático. Los tormentos de Tántalo eran una delicia teniendo en cuenta que yo no lograba recordar cuál era mi pecado.

Nika se esforzaba realmente para que los niños aprendieran a ordeñar una cabra y a hacer queso, por si acaso alguna vez se decidían a montar una granja. Insistía en que vieran cómo degollaba la tía Anka una gallina y la sumergía en agua caliente, la desplumaba y le sacaba las vísceras, y los convenció de que no debían sentir repugnancia hacia las cosas que se sucedían ante nuestros ojos. Yo estaba un poco sorprendido por sus correteos infatigables tras los animales domésticos. En particular me asombraba Josip, que a sus catorce años podría haber tenido otras necesidades.

A los tres o cuatro días ya no había nada nuevo que descubrir. Yo estaba enterado del último pormenor de todos los acontecimientos importantes del mundo. En la tienda de ultramarinos no quedaba ningún crucigrama que yo no hubiera resuelto o al menos intentado resolver. El

pueblo entero me saludaba. Era un zoquete de cuarenta años.

Y amaneció una mañana, en realidad, un mediodía, en la que el tío Šime llegó con un cabrito muerto en los brazos y lo depositó en una mesa.

–La madre que los parió, otra vez han fumigado la hierba con venenos, su puta madre.

Tamara se puso enseguida a llorar. La tía Anka se llevó las manos a la cabeza repitiendo “¡Ángela María!, ¿qué vamos a hacer ahora?, fíjate, qué bonito era, pobrecito, no pesaba ni cinco kilos, leche pura, luz de mis ojos”.

–Y la madre..., no sé si podremos salvarla. No se mueve, pero respira, –dijo el tío Šime.

–Madre de mi alma, lo mejor sería que todos nos matáramos.

–Nosotros no –dijo Josip protector. Nika lo miró severa y lo reprendió– ¡Josip!

–¿Qué pasa?, yo no quiero –replicó él intentado asumir toda la responsabilidad.

–¡Josip! –repitió ella y me miró.

–¡Josip! –dije yo en voz baja.

El agachó la cabeza y enmudeció. Nika me lanzó una mirada agradecida, como si fuera una reina.

La situación era engorrosa. No sabía si había que retirarse o participar en aquella tragedia familiar. Era imposible ayudar al cabritillo, y la tía Anka estaba desconsolada. Sin embargo, experimenté un extraño malestar, como el que a veces siente el culpable. Por supuesto, era una ridiculez; que fuese de ciudad no significaba que fuera un asesino.

–A lo mejor se puede salvar algo del animalito –hablé sin pensar.

La tía Anka empezó de nuevo a llorar y se sentó bajo la higuera. Nika se metió en la casa con los niños, dirigiendo los ojos al cielo, como si pidiera a Dios ayuda para su marido.

Pero el tío Šime me sugirió de inmediato que caváramos un agujero en el olivar y enterráramos al animal. “¿Quién se va a comer este barril de veneno?”, dijo.

Yo sacaba con la pala la tierra que el cavaba. Casi me sentía contento, no sé qué bicho me había picado. Nika seguramente me acusaría de ser un depravado, si le confesara que por primera vez experimenté lo que era la vida rural enterrando al cabritillo. Porque simboliza el fin de estas vacaciones, diría ella. Pero no era cierto. Por un instante pensé que deseaba vivir así.

Cavamos una tumba lo suficientemente grande para el cabrito, pero entonces nos acordamos de la cabra y lo hicimos más grande, por si acaso. Metimos dentro al animal, y el tío Šime arrojó un puñado de tierra sobre él. Me acordé de las exóticas tribus de África. ¿O quizá son nuestras?

–Bueno, que se quede así hasta que veamos qué hacemos con la cabra. No le pasará nada –dijo.

–Vale.

Fuimos con mi coche al prado envenenado. La hierba no se distinguía en absoluto de otra hierba, seca y amarilla, pero se me ocurrió que tal vez hasta los zapatos podían envenenarse. Encontramos a la cabra medio muerta, panza arriba, con los ojos abiertos, como dispuestos para emprender un viaje muy largo. Ni un enfermero la habría trasladado con más cuidado que nosotros al coche. “No tiene remedio”, dijo el tío Šime, “vete derecho al olivar”.

Ya en el huerto, sacamos la cabra del auto, él por las patas delanteras y yo por las traseras, y la colocamos junto a la tumba. Yo le puse la cabeza laxa en la posición que a mí me parecía natural. No podíamos enterrarla viva.

–Debe de tener unos dolores horribles –dije.

–Por los ojos, no diría yo.

–¿Cree que podríamos salvarla si llamáramos al veterinario?

Pusimos la cabra a la sombra y el tío Šime se fue a casa a telefonar. Apoyado en un olivo, miraba a la cabra y fumaba. Alrededor de la fosa revoloteaba ya un enjambre de moscas. Me acerqué y traté de espantarlas con la mano. No tardaron mucho en avasallarme y las dejé en paz. Volví con la cabra y me atreví a acariciarle la cabeza. Detuve la mano en el cuello y la miré a los ojos igual que a veces miro a mi mujer mientras se hunde en el sueño. “¿Te duele?”, le pregunté. Ella exhaló un sonido sordo, no sé de dónde.

–Hay esperanzas, –dijo el tío Šime a mi espalda.

Sacamos al cabritillo de la tumba, le sacudimos la tierra seca y lo pusimos sobre una bolsa negra de basura. Lo meteríamos en el congelador grande, así cuando viniera el veterinario también podría reconocerlo a él.

–¿No le da asco hacer esto? –preguntó el tío Šime.

–¿A mí? No. En la ciudad también se hace, allí hasta congelan a las personas. Consideramos que es algo absolutamente normal.

–Pues vaya gente que son ustedes –gritó la tía Anka, y yo ya me sentía parte de la familia–. ¡Ni los bárbaros metían a los animales en frigoríficos!

–Anka, si el veterinario dice que la carne no está envenenada, podrán comérsela, si no, lo volveremos a enterrar.

–¡Pero si es leche pura! ¡Está usted loco!

Pero la cosa ya estaba hecha, y ahora, como si de una nueva vida se tratara, éramos gente a la que una tragedia terrible había unido, y estábamos sentados bajo la higuera. Después de unos cuantos aguardientes de orujo, me parecía que mi abuelo había plantado el árbol. Le estaba agradecido por ello. Nika no me quitaba la vista de encima, pero no conseguía llegar hasta mí.

¡La cabra! ¡Carajo! Corrimos hacia el olivar. Allí seguía, a la sombra, inmóvil, tal y como la habíamos dejado. Aunque los ojos eran un poquito más vivaces, o eso nos parecía. Nos sentamos a su lado, en la hierba y la acariciamos juntos, el tío Šime y yo. De nuevo me embargó una oleada de sentimentalismo. Deseé que la cabra se pusiera en pie, no sólo para que diera leche. Pero no sucedió. Nuestras manos pronto acariciarían un cadáver.